



El tiempo que pasa no domina todas las vidas del siglo XX. Para los muy jóvenes, los ociosos días del verano (arriba, *Les Coquelicots*, de Monet) pueden parecer fuera del Tiempo. Igualmente, cuando la vida está cerca del fin, el Tiempo puede carecer de sentido: pueden darse lentos paseos, saludar a los perros, ignorar relojes y calendarios.



jugarretas. Rehusaba actuar como era de esperar. No se adaptaba a los «hechos». Y, a partir de entonces, he observado a menudo que los hombres que han aprendido y enseñado en tan dura escuela, donde con excesiva frecuencia basta alzar una mano para que se hunda el techo, se muestran generalmente adversos a las seguridades positivistas respecto a lo que es un hecho y lo que es ilusión. Casi siempre esos hombres piensan que sabemos menos de lo que creemos saber, y no les importa que pensadores más avanzados los consideren crédulos.

Tal vez lo sean. Pero tal vez también, en selvas y desiertos, en los océanos y los campos de batalla, hayan visto palidecer las certidumbres, entorpecerse los hechos y al Tiempo hacer sus jugarretas.

Cuando volví de la guerra y luego durante los primeros años de la década de 1920, renové y amplí con ardor mi conocimiento con la literatura y las artes. Con los nuevos novelistas, llegó Proust, que pronto se situaría en mi mente a la cabeza de ellos, Proust, el más hondamente preocupado de todos los novelistas con el problema del Tiempo, quien pudo declarar que la parte creadora de su ser «se hallaba en el único engaste en que podía existir y gozar la esencia de las cosas, es decir, fuera del Tiempo». (Refiriéndose, naturalmente, al tiempo que pasa, la cuarta dimensión, el Tiempo Uno.) Y luego empecé a descubrir que la contemplación de ciertos cuadros, si suficientemente absorto, parecía provocar en mí un curioso cambio en el Tiempo, de modo que me veía a mí mismo contemplándolo inmóvil en alguna región intemporal. Esto era tanto más curioso cuanto que en aquellos días, por diversas razones personales, me sentía a

menudo desesperadamente apremiado, trabajando largas horas para no contraer deudas.

Además, como era de temperamento vehemente e impaciente, entonces y después fui fácil víctima del tiempo que pasa, saltando con la imaginación de una ocasión prometedora a otra (esperando tanto a menudo, que me privaba de cualquier satisfacción) y arrojando mentalmente por la borda los días que mediaban entre ambas ocasiones como si fuesen basura, una mala costumbre de la cual me he librado desde hace solo diez años. Por tanto, quizá denuncie la dominación del tiempo que pasa con tanto calor, porque he sufrido por su causa.

Sin embargo, y a despecho de la doble presión de las circunstancias y de mi propio temperamento, incluso en aquellos días ciertas obras de arte parecían poseer la facultad de sacarme del tiempo que pasa, para sumergirme en una especie de hechizo intemporal. Tengo mucho interés en no exagerar ni la frecuencia ni la fuerza de esa facultad. Sin embargo, el hechizo estaba allí, trayendo consigo un *gusto diferente del Tiempo*. Por otra parte, eso podía suceder fuera de toda apreciación del arte. La vida corriente posee a veces esa facultad, según observé hace años en un capítulo autobiográfico. A falta de mejores términos, denominé